

SECCION EXTRA-MED

CLAUSURA DEL CURSO "PROGRESOS EN MEDICINA"
(FUNDACION DR. HENRY TUMEN),
UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
NOVIEMBRE 3, 1988

Dr. Pablo Iñiguez

Quiero manifestar personalmente mi agradecimiento a todas las personas que de una u otra manera han contribuido al brillante éxito de este evento y muy especialmente al señor Miguel Barceló, quien ha dado muestras de generosidad y desprendimiento excepcionales. Al finalizar este programa, el Dr. Jordi Brossa lo hará con más propiedad a nombre de la Fundación Dr. Henry Tumen.

Nadie puede dudar de los grandes beneficios que aportan a la clase médica y al país en general estas jornadas científicas en las cuales se reúnen tantas figuras cimeras de la medicina.

Además de haber presentado ya tres cursos similares, la Fundación Dr. Henry Tumen no ha escatimado esfuerzos para mantener otras actividades importantes. Hemos obtenido así, que en estos momentos dos jóvenes médicos dominicanos cursen exitosamente sus residencias de medicina interna en el Graduate Hospital de Philadelphia, mientras otros están asistiendo como observadores, por períodos variables, en esa prestigiosa institución. Si consideramos las enormes dificultades que encuentra actualmente el médico dominicano para obtener una plaza en un hospital acreditado en los Estados Unidos de América, se puede apreciar mejor el significado de estos logros. Por otra parte, ya están en nuestro país los primeros estudiantes enviados por el Graduate Hospital para participar en los programas de residencias del Hospital Salvador B. Gautier, mediante un acuerdo de intercambios con el Instituto Dominicano de Seguros Sociales.

Estamos conscientes de que no es posible reducir la enorme brecha que nos separa de los países desarrollados, tanto en el aspecto científico como en el tecnológico. Más

bien ocurre todo lo contrario. La brecha se agiganta cada día, pues el más avanzado dispone siempre de mayores recursos y adquiere con relativa facilidad nuevos conocimientos que amplían progresivamente sus horizontes dejando más y más rezagados a los que no logran desarrollarse. La única opción disponible es saltar la brecha en ambas direcciones. De ese modo puede crearse un mecanismo de comunicación que nos permita familiarizarnos con los avances logrados en aquellas latitudes privilegiadas para aplicarlos como sea posible a nuestras condiciones ambientales. Esperamos que esos jóvenes médicos seleccionados por la Fundación Dr. Henry Tumen para participar en estos programas retornen un día a nuestro país y puedan difundir los conocimientos que adquieren en la actualidad. Es necesario advertir que esta situación no sólo concierne a nuestro presente, sino que debemos pensar en los muchos y grandes cambios que previsiblemente deberán producirse en el estudio de la medicina, en un futuro quizás no lejano.

Estamos en las postrimerías del siglo veinte y muchas de las maravillas científicas que habían sido vaticinadas para el año 2000 se han hecho realidades antes de lo previsto. El progreso científico y tecnológico alcanzado en el presente siglo no puede compararse con nada del pasado, pero es penoso admitir que a pesar de las apariencias y de los espejismos, el progreso alcanzado por la medicina no ha sido realmente satisfactorio ni es proporcional al progreso alcanzado en otras actividades científicas.

Es posible que a primera vista esta afirmación parezca aventurada. Cualquiera puede señalar evidencias de adelanto que a primera vista parecerían indiscutibles, pero vale la pena hacer algunas observaciones. Es fácil, por ejemplo,

mencionar la sonografía, la tomografía axial computarizada (CAT Scann), la resonancia magnética nuclear (NMR), la tomografía por emisión de positrones (PET Scann) y los rayos láser, para referirnos solamente a cinco de las nuevas aportaciones tecnológicas que pueden señalarse como representativas del supuesto florecimiento de la medicina. Sin embargo, muchos médicos usan las informaciones que proporcionan esas innovaciones, limitándose exclusivamente a leer el informe correspondiente sin preocuparse por conocer, al menos, los fundamentos científicos del método utilizado. De igual manera, un tecnólogo aprieta botones y hace mediciones para describir imágenes sin saber cómo éstas se producen. Si yo dijera deliberadamente que el PET Scann se basa en la emisión de antimateria en el interior de nuestro organismo, muchos podrían elevar las cejas en señal de sorpresa y, sin embargo, lo dicho no implicaría más que un detalle absolutamente elemental. Y cuando el médico usa esos métodos de investigación sin los conocimientos que le permitirían ser partícipe del crecimiento científico, la misma falta de conocimientos lo convierte en esclavos de la máquina. Así, en vez de enriquecerse, la medicina se empobrece. Esta situación podría compararse con un territorio ocupado y colonizado, donde la persistencia de la ignorancia permite que una aparente señal de progreso deslumbré a sus habitantes, mientras se pierden las características propias y hasta la misma identidad.

No es sorprendente, por tanto, que el médico aparezca a veces desligado de la evolución de la ciencia y que al mismo tiempo, la medicina luzca deshumanizada. Es prudente señalar, además, como lo ha hecho Larry Dossey en su difundida obra "Space, time and medicine" que si bien esos procedimientos de investigación nos permiten hacer diagnósticos mucho más precisos, el enorme costo de la investigación científica y de la tecnología, necesarias para la fabricación de sofisticados equipos, cuando se transfiere a la práctica médica, se convierte en un precio incosteable para una alta proporción de nuestros pacientes y si se agrega que frente a muchas de las enfermedades que aprendemos a diagnosticar mejor, nos vemos con las manos atadas, incapaces no sólo de curar sino de aliviar el sufrimiento, es justo cuestionar hasta dónde es valedero y satisfactorio el celebrado progreso de la medicina.

No piense nadie que al expresarme de este modo quiero desmeritar ni denigrar a una profesión que amo entrañablemente. Al decir en sentido general, la medicina, quiero referirme más bien a la manera de pensar del médico y al hacer estos señalamientos siento un profundo pesar. Conozco bien cuán larga y difícil es la tarea del estudiante de medicina, con programas interminables de materias y donde fácilmente pierden su valor muchos criterios que parecían debidamente sustentados. Nadie en su sano juicio puede pretender que el estudio de la medicina se amplíe con pro-

fundos temas de ciencias físicas y matemáticas. Pero tampoco se justifica que el médico ignore por completo los conceptos elementales que nos impone la ciencia moderna y las cardinales consecuencias filosóficas que de ella se derivan. Ambas cosas nos hacen reflexionar acerca del significado de la vida y le dan un sentido más elevado a nuestra presencia en el universo. El hombre adquiere una nueva dimensión como testigo de la creación y a nadie escapa que la vida y el hombre son los principales objetos de estudio para la medicina. Es por eso que insisto en la necesidad de que el médico haga suyos los conocimientos fundamentales de la ciencia moderna. Sólo así obtendrá la medicina su verdadero y propio progreso, porque el conocimiento deja de ser ajeno desde el mismo momento en que lo adquirimos.

Los grandes adelantos tecnológicos de hoy se derivan de las concepciones cuántico-relativistas que transforman la física desde que Einstein introduce la teoría especial de la relatividad en 1905 y Niels Bohr reúne en Copenhague a la pléyade científica que en la década de los años veinte estructura la mecánica cuántica. Pero todavía la enseñanza de la medicina no ha incorporado a sus disciplinas, ni los conceptos más elementales de esa física moderna.

Cabe preguntarse entonces: ¿Cómo puede avanzar la medicina por el camino ascendente de la ciencia si la manera de pensar del médico se mantiene aferrada al mecanicismo de Descartes y al determinismo Newtoniano? Es muy difícil hallar una respuesta satisfactoria a esa pregunta cuando sabemos que la ciencia ha desestimado ya esos conceptos anquilosantes.

Pero el médico, desde el punto de vista macroscópico, sigue viendo el organismo como si fuera una máquina, conservando una posición puramente cartesiana que no se compadece con los adelantos de la física que acabamos de mencionar y, en el aspecto microscópico, se ha mantenido un empeinado afán reduccionista que si bien nos ha proporcionado muchos conocimientos importantes, nos ha demostrado también que la pretensión de resolver los misterios de la vida escrutando más y más profundamente el interior de la célula, es una quimera. Esto no excluye los trascendentales trabajos de Crick y Watson acerca del DNA y es conveniente señalar además que cuando Linus Pauling explicó la anemia falsocítica como la primera enfermedad molecular, hizo crecer el entusiasmo entre los investigadores dedicados a esa rama de la biología, pero poco a poco esa ruta se ha ido angostando y se hace evidente que no es el camino para llegar a explicar los misterios de la vida y por ende sus relaciones con la salud.

Basta observar las conexiones existentes entre la localidad y la causalidad de los fenómenos cuánticos que ocurren en el interior de la célula, con el órgano a que ésta pertenece y con el organismo en sentido global. Y resulta evidente que el todo no es igual a la suma de las partes, sino

que representa mucho más. Existen aspectos teleológicos innegables, que fueron señalados ya por Aristóteles, y para encontrar las respuestas que buscamos, no hay duda de que se requerirán nuevos y más elevados niveles de conocimientos, regidos por leyes que todavía no podemos visualizar. Puede predecirse, sin embargo, que no estarán en contradicción con las que hasta ahora nos explican todo cuanto conocemos acerca de nuestro universo.

Al relacionar la física moderna con los procesos biológicos, encontramos que los postulados de la teoría de la relatividad, por estar íntimamente ligados a la velocidad de la luz, no tienen aplicación directa en el estudio de la fenomenología biológica donde todos los movimientos son extremadamente lentos; en cambio, la mecánica cuántica tiene, a mi manera de ver, importantes puntos de contacto con la bioquímica por mediación de la actividad enzimática.

El electrón es la partícula cuántica responsable tanto de las reacciones químicas propiamente dichas, como de los procesos bioquímicos. La diferencia fundamental en el aspecto biológico es la presencia de la enzima. Si se logra unir la mecánica cuántica con la biología mediante la participación del electrón en la actividad enzimática, se habrá dado un importante paso en el tortuoso camino del progreso científico, pero la vida es mucho más que eso.

Cuando observamos la escala ascendente del evolucionismo, resulta evidente que el hombre representa la culminación de ese proceso y es igualmente obvio que entre todas las transformaciones morfológicas que ocurren en las diferentes especies, es el desarrollo del cerebro humano lo que convierte al hombre en un ser privilegiado, consciente de sí mismo y de su lugar en el universo. Sin embargo, el hombre no ha llegado a entender la razón de su propia existencia. John D. Barrow, profesor de astronomía, y Frank J. Tipler, profesor de física y matemáticas de la Universidad de Tulane, en su extraordinaria obra "The Anthropic Cosmological Principle", señalan las evidentes relaciones que existen entre las constantes físicas universales y los requerimientos ambientales para el mantenimiento de la vida, y postulan que el universo es como es para que el hombre pueda habitarlo como observador consciente. Es fácil percibir el contenido místico que lleva implícito ese concepto emitido por dos destacadas figuras académicas y llama la atención que cada día se hacen más frecuentes los pronunciamientos de connotados científicos, indicando que la ciencia moderna nos acerca progresivamente a la idea de Dios. A ese respecto, he expresado en otras ocasiones que ¡Dios creó al hombre para tener con quien hablar! Ni en el macrocosmos ni en el microcosmos hay quien pueda percibir a Dios. Sólo el hombre tiene el albedrío de reconocer su presencia o cuestionarla. Y es entonces cuando llega al límite la capacidad de nuestro intelecto, porque la inteligencia no nos permite demostrar la presencia de Dios ni

tampoco la negación de su existencia. A Dios se llega solamente con el sentimiento.

El intelecto, la conciencia y el sentimiento son características complementarias y de ningún modo representan aquellas entidades que una vez los frenólogos quisieron ubicar en diferentes circunvoluciones de la corteza cerebral, al igual que Descartes pretendió darle asiento al alma en la glándula pineal. Hoy podemos decir que la inteligencia y la conciencia son más bien procesos sin ubicación localizable. Por otra parte, la transformación que ha experimentado el cerebro humano lo ha convertido en un instrumento capaz de romper la simetría del continuo espaciotiempo de la física, lo que ha proporcionado al hombre una percepción témporo-espacial de donde nace una realidad que no existía antes de él y que le da a su vida un sentido de temporalidad puramente humano, pues la noción de pasado, presente y futuro no tiene cabida en el marco de la física relativista.

Finalmente, como verdadera culminación del evolucionismo, el sentimiento alcanza en el hombre dimensiones que superan en significado las del plano intelectual, pues como dijera don Miguel de Unamuno: el sentimiento puede más que la razón. Y para justificar esta afirmación, basta con referirnos al amor.

Los griegos reconocían tres formas de amor: Eros, Philia y Agape; los romanos las transfirieron al latín con los nombres de Amor, Amicitia o Dilectio y Caritas. Eros está íntimamente ligado a la fuerza instintiva del sexo que se manifiesta en los animales y que alcanza en el hombre, aun conservando la animalidad, expresiones sublimes. Amicitia o dilectio representa el amor en forma de amistad capaz de unir a los seres humanos con lazos indisolubles. La celebración de estos eventos científicos, por ejemplo, tiene su origen en la enaltecida amistad que nos une a un hombre excepcional, el Dr. Henry Tumen. En Caritas tenemos el amor al prójimo que necesita de nosotros y como nos dice Spinoza, "...es un sentimiento proporcional a nuestro conocimiento de Dios". Y es por eso que el ejercicio de la medicina debe convertirnos en seres diferentes. Porque la razón de ser de nuestra profesión es la caridad misma. El amor al enfermo es algo que el médico no puede olvidar y que la tecnología no puede substituir.

He creído oportuno mostrar la situación de la medicina frente al adelanto de la ciencia y al mismo tiempo señalar la necesidad de una renovación de nuestros programas de enseñanza. Creo que el médico debe adquirir tempranamente los conocimientos que le permitan apreciar los alcances de la verdad científica de hoy con sus nuevas implicaciones filosóficas, sin tener que profundizar en las complejidades matemáticas de la física. Por eso he visto con agrado la heroica labor de mi buen amigo el profesor Sergio Ben- cosme, al introducir en la Universidad Católica Madre y

Maestra un programa opcional de maestría en investigación científica, que indudablemente beneficiará al médico dominicano.

Si me he excedido al exponer estas ideas, les ruego me perdonen, pero cuando hablamos de progreso y pensamos en la medicina del futuro, debemos anticipar la adquisición de conocimientos probablemente ajenos a la realidad actual

y al mismo tiempo una diferente jerarquización de valores. El progreso de la medicina en el próximo siglo marchará paralelamente con el progreso del Homo Sapiens no sólo en el aspecto intelectual, sino en lo que concierne al sentimiento, a la virtud y a los valores éticos.

Muchas gracias.